

RUTA DE LOS EXPLORADORES OLVIDADOS: NAIROBI

El Masai Mara, en moto



En Kenia vivimos la parte más salvaje de nuestro viaje, experimentamos la dureza de África, sin filtros. En el Masai Mara esta experiencia se eleva al cubo, un lugar donde, todavía, los animales siempre ocupan un escalón superior al de los seres humanos.

■ MIGUEL SILVESTRE

Nairobi. El atasco es siempre fenomenal. Algunos críos venden entre los coches. Caramelos, periódicos, botellas de agua o tarjetas de teléfono. Desde el sillín de mi moto contemplo el incesante desfile de peatones que avanza hacia el centro. Es el río de la pobreza. De los slums, de los barrios marginales y los guetos de chabolas surge cada amanecer una famélica legión que se dirige hacia sus trabajos mal pagados en el interior de la ciudadela dorada. Nairobi es la gran capital de África del Este, donde se hacen los negocios más suculentos, donde viven los ricos de cualquier color, donde hay tiendas de lujo, buenos hoteles, centros comerciales, concesionarios de coches alemanes y firmas de consultoría. Y todo eso se alimenta del trabajo barato de estos braceros de la prosperidad que emergen de sus sórdidas madrigueras y caminan durante kilómetros porque no pueden pagarse el billete de un taxi colectivo. Voy hacia la parte trasera de una casa colonial en el barrio de Lavington. Es Jungle Junction. Aquí compré hace pocos años la BMW R80 G/S con la que realizaría el viaje por catorce países africanos que relataría en mi libro *Un millón de piedras*. De aquí saldría hacia Ciudad del Cabo con muchos temores y ningún conocimiento sobre lo que iba a encontrar. Aquí fue, pues, donde se empezó a forjar el libro de viajes que hoy y para mucha gente es bastante más que un libro. *Un millón de piedras* es ya casi un fenómeno social que representa el sueño de miles de tipos corrientes que un día se hartan de todo, rompen con sus miedos y sus comodidades europeas y se arriesgan a ver el mundo por sí mismos del modo más directo posible. Sobre una moto no hay barreras, carrocerías ni parachoques. Tú eres el paisaje, tú el horizonte y tú el verdadero protagonista de la historia. Tampoco hay mentiras que valgan ni manipulación informativa. Lo que ves es lo que hay. Y tu verdadera medida como aventurero la acabas comprobando en el primer control militar. De aquí salí desconociendo África pero con ganas de descubrirla sin que nadie me la filtrara. No sabía ni qué país iba detrás del siguiente; sólo que otros lo habían hecho y si ellos pudieron, ¿por qué diablos yo no iba a poder? Así que aquí me presenté dispuesto a comprar una moto de segunda mano. En Jungle Junction es pues donde los caminos perdidos de África se abrazan y todo queda enlazado. Este regreso supone que he cruzado este continente de cabo a rabo. Ya puedo decir que he conquistado el horizonte africano en su plenitud. De Norte a Sur, del Índico al Atlántico, sin olvidar el Mediterráneo y el Mar Rojo. *Un millón de piedras* nace aquí. Lo curioso es que ese libro no lo he escrito yo.



"Zebra Cross"
Nunca había podido sentir tan de cerca la fauna africana, una experiencia única. Las cebras pensarían lo mismo de mí y de mi BMW...



Naturaleza salvaje
Alicia y su BMW F 650 GS, rodeada de jirafas. La naturaleza más en directo, imposible.



Todo aquí es muy rural y rupestre, sin medidas sanitarias ni normativas medioambientales. Hay que vigilar lo que compras...



Los Masai nos recibieron con sus danzas tradicionales, saltando con los pies juntos.

necesitaba que alguien lo tradujera a palabras. Más que escribirlo, él me escribió a mí. Y al poner la palabra “fin” sobre el papel, yo era una persona muy diferente de la que un día salió del Jungle Junction. Por eso es tan maravilloso estar de nuevo aquí.

Raúl y Cristina

Incluso aquí el libro de las piedras me proporciona sorpresas. Acudimos junto a numerosos expatriados a una barbacoa organizada por un mayorista de viajes español y mientras espero en la cola de las pizzas oigo que alguien habla a mi espalda. —Miquel Silvestre... ¿de qué me suena? Me giro y encuentro una pareja de más o menos mi edad. Ella es una mujer guapa y estilosa. Él es un chaval delgado, moreno, con barba poblada y oscura. Ha leído mi nombre en la camiseta que llevo puesta. —No sé, yo solo monto en moto—replico. —¡Caramba!—exclama él—, ya lo sé, tú has escrito *Un millón de piedras*. Lo estoy leyendo ahora

mismo. Me lo ha regalado Jacobo, un amigo mío al que le encantó. Raúl y Cristina han montado un campamento en Masai Mara, el gran ecosistema africano. Han viajado por todo el planeta hasta que encontraron su lugar en el mundo y decidieron apostar todo por su sueño de habitar en el que quizá sea el último rincón salvaje, allí donde los animales siempre ocupan un escalón superior al de los seres humanos. Rápidamente se genera entre nosotros una corriente de complicidad y simpatía mutua. Raúl explica que observando a los animales salvajes se descubren analogías con los seres humanos. Los hay carroñeros, líderes, timoratos o seguros de sí mismos. Como escritor me parece una imagen estupenda. Supone una gran capacidad de observación. También es un apasionado de las motos; de hecho pensaba en organizar safaris moteros por el ecosistema. Todo encaja. Tampoco ellos creen en las casualidades. Nos invitan a una estancia en su paraíso privado y justo

eso era lo que nosotros andábamos buscando antes de dejar Kenia.

El safari

Al poco de dejar Nairobi iniciamos un pronunciado descenso a la enorme planicie del valle del Rift. La pradera luce verde y gigantesca. Es el solar primigenio de la humanidad. El hogar de Lucy y de todos nosotros, primates a medio evolucionar. Algunos, como los conductores de los camiones que se lanzan sin frenos cuesta abajo, muy poco evolucionados. El cielo luce brumoso. Amenaza lluvia. Comenzamos la pista. Está plana y dura. Fácil. Pero apenas diez o doce kilómetros después comienza la piedra. Rocas afiladas, puntiagudas, incómodas. Un suplicio que se compensa por el delicioso paisaje de acacias y praderas. La senda se complica todavía más al llegar a la planicie. Mucho barro. Muchísimo barro. Salimos de las rodadas para ir campo a través. El césped debe estar más duro, pero no siempre es así. Atrochamos en dirección al campamento y aparecen



Verlo en vivo y sabiendo que ninguna valla te separa de él infunde mucho respeto, mucho... Esto no es un zoo...

La naturaleza más pura nos rodea... y entonces aparece un prado llano con un grupo de altos Masai vestidos con trajes típicos y armados de machete, maza y lanza



las jirafas, las cebras y los antílopes. La naturaleza más pura nos rodea. Atardece. El firmamento ya es de color plata vieja y empieza a llover. Se suceden los pedregales, las zonas encharcadas, los barrizales, los arbustos... y entonces aparece un prado llano y un grupo de altos Masai vestidos con trajes típicos: falda roja, sandalias y manta de cuadros. Armados de machete, maza y lanza, su aspecto es temible, aunque sus sonrisas delatan una naturaleza sana, apenas contaminada por el ciclón del progreso. Aparcamos las motos. Descargamos el equipaje y seguimos a nuestro anfitrión hasta nuestra tienda. Es un pedazo de lujo injertado en la naturaleza. La estructura es sólida, la tela recia, la cama firme, el baño completo.



Las acacias salpican intermitentemente la planicie de la sabana. Un paisaje ciertamente soso en algunos momentos.



Sí, los Masai son tipos altos... ¡Vale, yo también soy un poco menos alto de lo habitual!

El Masai Mara es el gran ecosistema africano, quizás es el último rincón salvaje donde los animales siempre ocupan un escalón superior al de los hombres, blancos o negros

La ducha se apoya en un tronco pero el agua es caliente y corre con fuerza. La luz es eléctrica; el colchón, enorme y duro; las mantas abrigan, los almohadones son acogedores y al abrir las sábanas descubro que hay sendas bolsas de agua caliente para entibiar el gesto de meterse dentro. Todos los detalles están pensados. Cada mueble de madera mantiene un perfecto equilibrio entre la rusticidad

de su antigua forma natural y la función que hoy debe cumplir. Las mesillas, el soporte de las toallas, la percha del baño. Es obra de Cristina. Todo está escogido con mimo. Es un milagro. Vamos al pueblo de Aitong, donde celebran un mercado. Venden de todo. Telas, calzados, collares, joyas, frutas. Niños, jóvenes, adultos y viejos. Por supuesto las motos causan sensación. Es lo de siempre. Deambulamos entre

En algunos momentos abandonamos las pistas y vamos campo a través.





Los niños siempre son la cara amable y alegre de África. La felicidad es no necesitar nada...



Nuestras dos BMW están a punto de abandonar África para reemprender la ruta por el continente asiático. Los Masai nos ofrecen su baile.



Sentado al lado del río, ver a los hipopótamos en remojo es algo rutinario para las gentes del Masai Mara.

En Jungle Junction compré la BMW R80 G/S con la que atravesé 14 países africanos y relataría en mi libro "Un millón de piedras"

la multitud curioseando en los puestos y sacando fotos. Hablamos de lo bien que estaría organizar de modo profesional estos safaris moteros en el Masai Mara con ligeras motos todoterreno. Lo ideal sería traerse aquí un grupo de cinco o seis Yamaha XT 350. Yo tengo una. La podría traer. Sería mi aportación a la sociedad. Podríamos recorrer el ecosistema, visitar a los animales, los poblados típicos y comprar artesanía. Y hacer fotos. Muchas fotos, porque a cualquier sitio a donde mires encuentras imágenes y colores llamativos. Todo es interesante, luminoso, sorprendente. Última mañana en el campamento. Desayunamos al borde del Mara. Tortitas, tostadas, salchichas, huevos,

zumo natural. Un banquete digno de Humphrey Bogart, Ava Gardner y John Huston. No puedo evitar sentirme como en una película de cazadores en África. Sentados en sillas de teca, con el río atronando a nuestro lado, con los guerreros escoltando el refrigerio. Y es que los centinelas son imprescindibles aquí, no hay vallas en el campamento, estamos a un paso de los hipopótamos, de los cocodrilos, de los leopardos. Es hora de irse. Nos despedimos de los empleados de Enkerende. Todos posan bajo el cartel. Salimos hacia la pista principal que nos aleja del ecosistema del Masai Mara. Hay que cruzar el río. Viene muy crecido. Lo conseguimos no sin ciertos apuros y al final brotamos a la

pista. A pesar de los baches y el barro, el corazón está henchido de un hálito nuevo. Raúl se ha portado como un perfecto anfitrión. Nos damos un fuerte abrazo cuando separamos nuestros caminos; yo, a Nairobi para volar a Bombay con mi moto; él, a su pequeño reino salvaje. No es un adiós, sino un hasta luego. Como nos dijimos hace varias noches, inmersos en las brumas del pub Casablanca, esto es, sin duda, el comienzo de una larga amistad.

INFORMACIÓN ÚTIL

Alojamiento en Nairobi

Jungle-Junction: Amboseli Road in Lavinton Park. c_handschuh_68@yahoo.com

En el Masai Mara: <http://www.enkerendesafaris.com/>

Información sobre el parque: <http://www.masai-mara.net/>